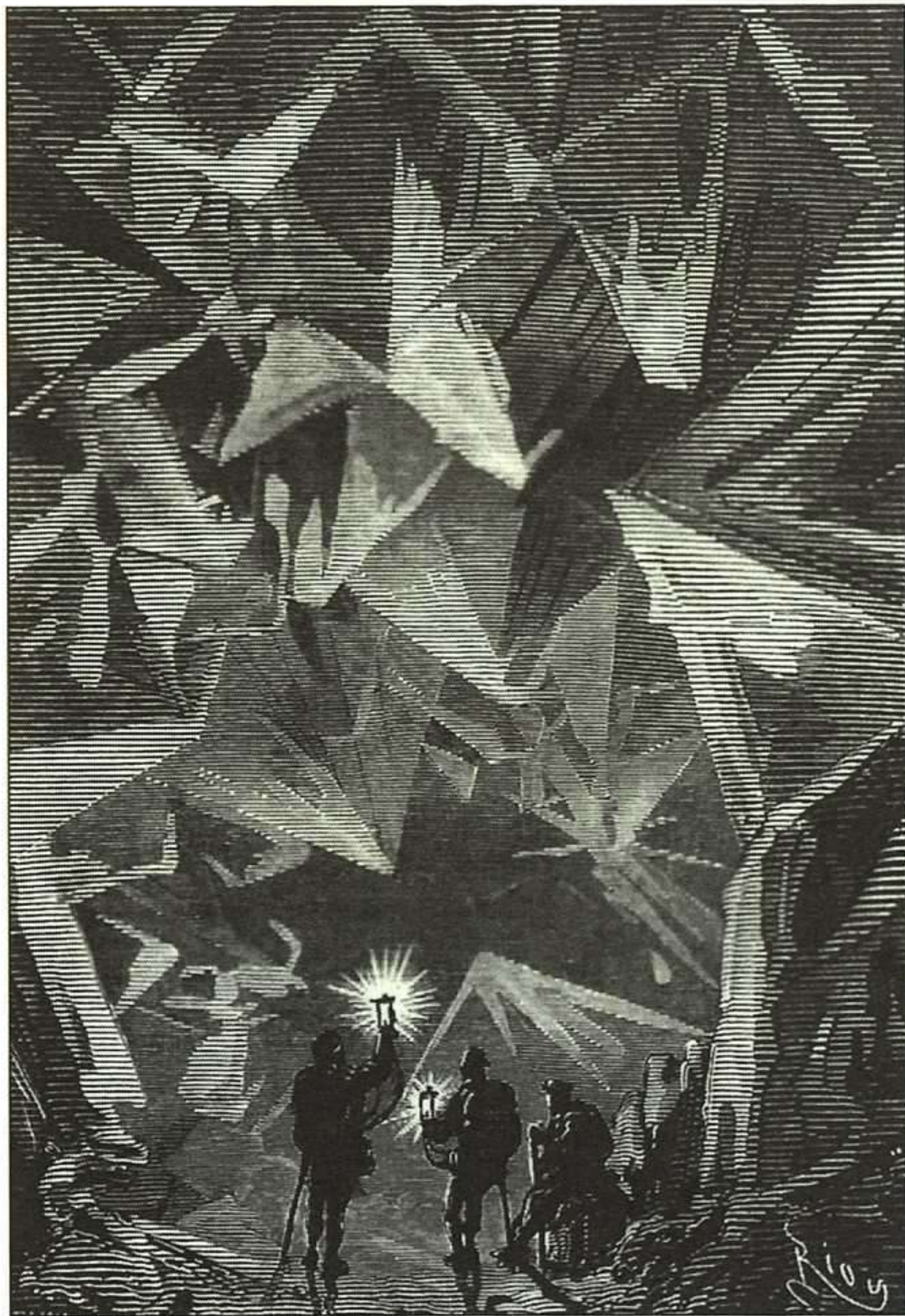




JULES VERNE

Verne en las profundidades

por Juan Tébar*



RIOU, VOYAGE AU CENTRE DE LA TERRE, PARIS: HETZEL.

En la obra de Verne, no todo es lo que parece. Bajo sus relatos de aventuras, escritos por exigencias de un contrato y dirigidos a un público juvenil, se esconde una inquietud personal, una tristeza biográfica, una opinión del mundo, en la que muy pocos estudiosos y lectores se han molestado o atrevido a bucear. En el siguiente artículo, el escritor Juan Tébar nos sumerge en algunos de los abismos, de las profundidades, de la obra verniana.



Dedico este artículo a Elena Santonja, y a las acelgas silvestres que podría recoger el Gedeón Spillet de *La isla misteriosa*, aunque yo creo que eso era un asunto más propio del joven Harbert.

Hubiera preferido titular este artículo «Aventuras *subterráneas* de Jules Verne». Sonaba mejor, o al menos eso me parecía. Pero siendo estrictamente textuales, ese adjetivo habría servido para abismarnos bajo la tierra, y no para sumergirnos en el mar. No era cosa de prescindir nada menos, por ejemplo, que del capitán Nemo.

El vocablo sustituido en el título es también más rico semánticamente: Con él es posible, además, referirse a otros asuntos *subterráneos*, los que están más o menos escondidos bajo las apariencias de los libros de Verne. O sea que, por lo menos, metafóricamente, la *subterrneidad* aparecerá con frecuencia en este recorrido nuestro por las profundidades, sean acuáticas o terrestres.

En muchos de los libros de nuestro escritor, no todo es lo que parece, o sea, que hay algo por debajo, una inquietud personal, una tristeza biográfica, una opinión del mundo... Pero no cabe ese tema enorme en nuestro artículo. Limitémonos, que ya es bastante, a las palpables y expresas relaciones de la obra verniana con los abismos. Y quien quiera saber mucho más, que lea a sus estudiosos. Sobre todo a Miguel Salabert, que tradujo minuciosamente algunas de sus novelas, y que publicó en Alianza Editorial uno de los mejores trabajos escritos en España sobre J.V.: *Julio Verne, ese desconocido* (n.º 112 de la popular colección El Libro de Bolsillo).

La atracción del abismo

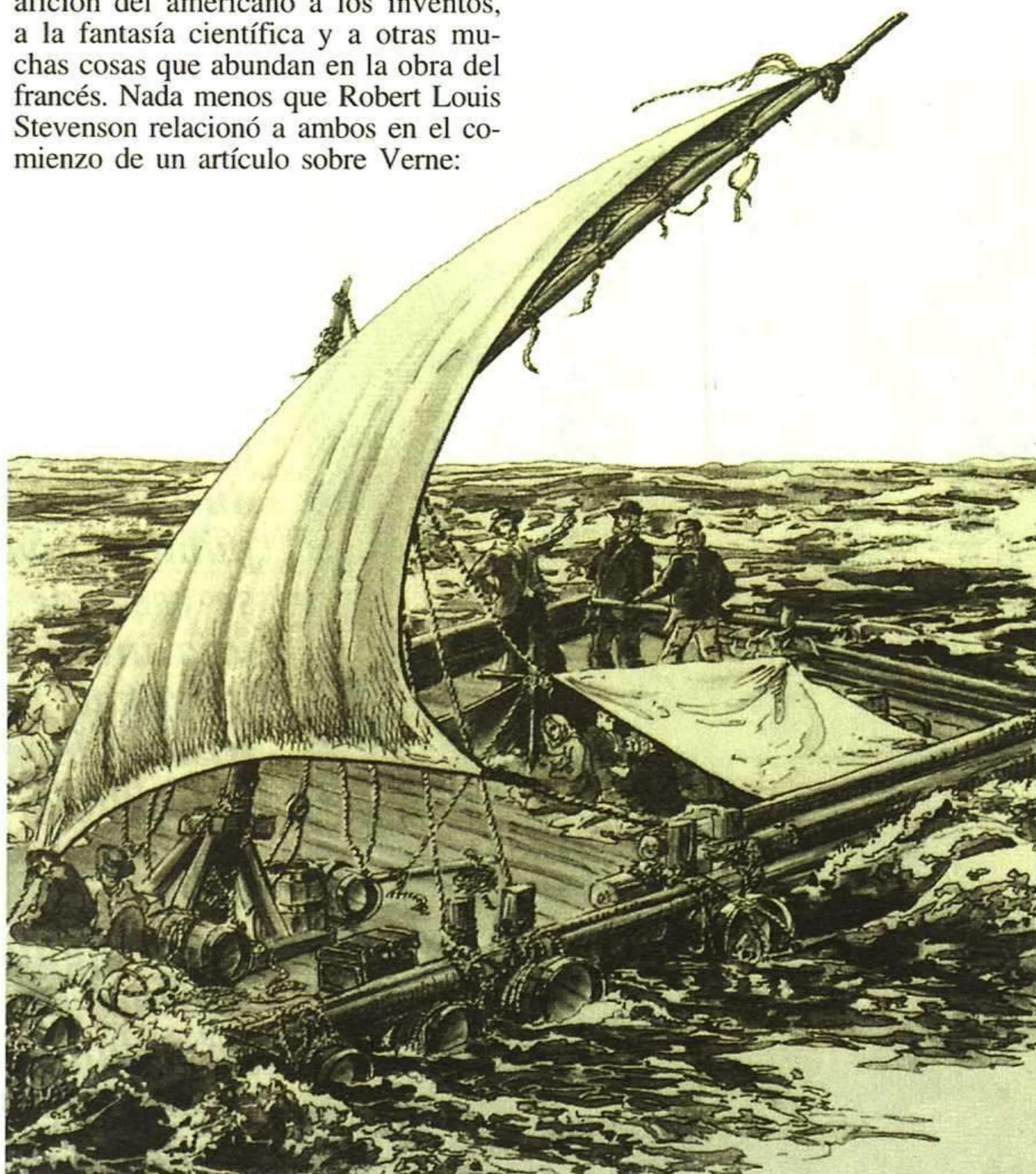
Hace ya un montón de años, escribí un programa para televisión sobre la vida y la obra de Edgar Allan Poe. Lo titulé «La atracción del abismo» a

causa del gusto evidente que el autor norteamericano tenía por los descensos, a los que solían llevarle el alcohol y sus tendencias obsesivas, tanto en lo literario como en lo personal. Podrían buscarse también motivaciones más o menos psicoanalíticas para interpretar la misma tendencia en nuestro escritor francés, pero, en apariencia, observando el argumento de sus novelas, sus abismos son bastante más limpios, relajados, dentro de un aparente orden.

Si había en Verne oscuras pulsiones, las sometía a un control bastante mayor que el de Poe. A este último quizá le hubieran parecido *naives* las fantasías de Verne, si no fuera por la afición del americano a los inventos, a la fantasía científica y a otras muchas cosas que abundan en la obra del francés. Nada menos que Robert Louis Stevenson relacionó a ambos en el comienzo de un artículo sobre Verne:

«Una veta nueva del arte narrativo descubierta, según creo, por Edgar Allan Poe, ha sido explorada con ingenio por el inteligente francés cuyo nombre figura a la cabeza de este artículo. Como Von Rempelen, sus héroes se adelantan a la ciencia contemporánea; navegan rumbo al Polo, como Arthur Gordon Pym [el propio Verne continuó esa famosa novela de Poe. La nota es nuestra]; viajan a la Luna, como Hans Pfaal y, como el pescador noruego, descienden al Maelstrom...»

Stevenson, sin embargo, es duro con Verne en otras partes de su ensayo: considera «detestable» su vivacidad. Sólo ve muñecos en sus per-

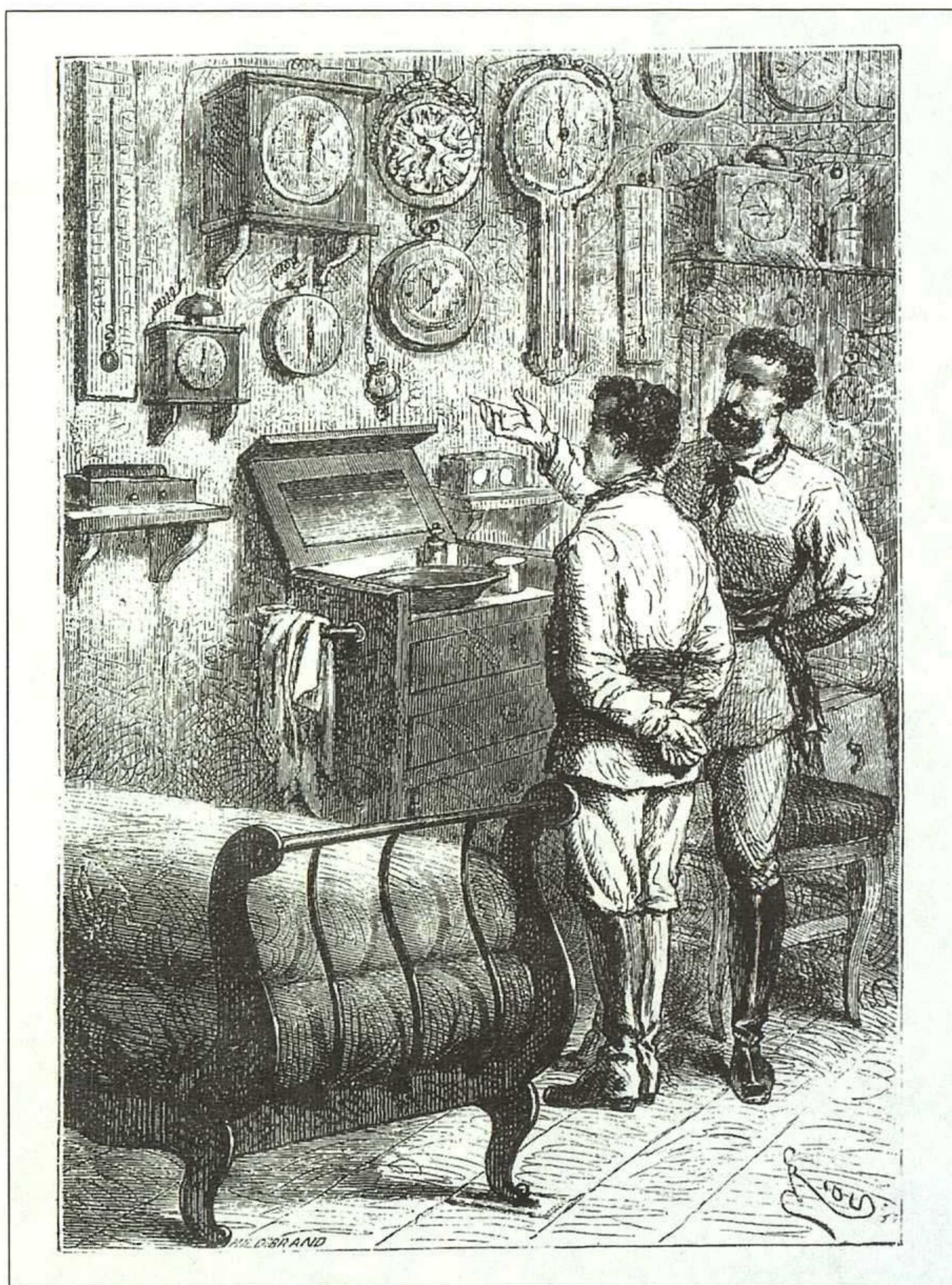


JOSÉ MARÍA PONCE, EL CHANCELLOR, MADRID: ANAYA, 1987.

sonajes. Se divierte con ellos y sus peripecias, pero los menosprecia literariamente. Transcurridos los años suficientes —demasiados, sin duda—, nosotros podemos señalar que, *por debajo* (y nunca mejor dicho, si de profundidades hablamos) de las limitaciones que le impuso la dedicación a la juventud de sus obras, hallamos en muchas de ellas la misteriosa luz de la poesía, e incluso a veces la inquietud de la pesadilla.

Antonio Muñoz Molina hablaba del miedo a la decepción, en otro número de esta misma revista (CLIJ, 75, julio-agosto 1995): «De las películas de la infancia es mejor acordarse, igual que de la mayor parte de los lugares y de los libros de entonces. Yo sé que las novelas de Jules Verne seguirán siendo uno de los mejores tesoros de mi memoria, a condición tan sólo de que no vuelva a leerlas». Es posible que Stevenson pensara lo mismo. Yo no leí a Verne cuando niño, ni siquiera cuando joven. Raramente, he descubierto a este autor en mi madurez. No hay miedo, pues, a la comparación, y no puedo decepcionarme. Lo que sí puedo asegurar es que he descubierto a un escritor mucho más complejo, y por lo tanto más perdurable de lo que oficialmente se ha considerado siempre. Algunas de sus aventuras superan con mucho los límites del entretenimiento infantil, y seguramente por eso se instalaron en los sueños de quienes las leyeron entonces. Nunca es todo lo dicho más notable como en sus descensos al abismo.

Quizás en las historias de Verne los sentimientos, el *pathos*, estén más ausentes de lo que muchos quisiéramos (a lo mejor, de lo que hubiese querido él mismo), pero he de recordar que —como alguien dijo— «no todo lo sublime es patético, o sea que no todo lo patético es sublime». Ahora se habla a veces de la supremacía del saber sobre los sentimientos y, al referirse a Umberto Eco, por ejemplo —de moda en los últimos meses— se alude a enfoques literarios que encontrarían mejor ejemplo en Jules Verne. Pero la gente no suele acordarse de Verne. Eso me extraña. Sobre todo, a propó-



RIOU, VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO, MADRID: ANAYA, 1995.

sito de otro asunto también desdichadamente de moda, que trae, asimismo, al autor a la más rabiosa actualidad.

Desgraciada actualidad

Lamentablemente, uno de los barcos franceses que se ha dedicado, en el verano del 95, a profanar idílicas islas con una misión nuclear estaba

bautizado de forma muy poco apropiada: *Nautilus II*. Si Verne levantase la cabeza... O el capitán Nemo, cuyo pacifismo progresista y ecológico era fundamental.

La isla de Lincoln, como llamaron «los náufragos del aire» a *la isla misteriosa*, estaba más o menos situada entre 150° 30' de longitud Oeste y 34° 57' de latitud Sur. No muy lejos, creo yo, de la zona de Mururoa, reciente-



Jules Verne.

mente en conflicto. Y tampoco demasiado alejada de la isla de Pitcairn, por seguir con las coincidencias literarias. Nadie —que yo haya detectado— ha hablado de Verne con motivo de las desdichadas operaciones atómicas que han soliviantado a los ecologistas del mundo entero.

Esta novela, tristemente de actualidad como acabamos de señalar, es uno de los títulos mayores de la obra verniana, y también uno de los ejemplos más distinguidos de sus aventuras abismales. Algunos de esos viajes profundos de J.V., por orden más o menos cronológico, son los que vamos a recorrer inmediatamente, en nuestro particular descenso.

Lecciones de abismo

No basta con sentirse inclinado a algo. Ya saben, es importante la vocación, pero casi siempre hay que estudiar. La atracción del abismo, bien, pero hacen falta lecciones. Entre 1863 y 1864, se las da el profesor Lidenbrock a su sobrino Axel en la primera gran novela de Verne que desciende a las profundidades. Su título lo dice todo: *Viaje al centro de la Tierra*.

El meollo de esta novela estaba ya en *Las aventuras del capitán Hatteras*, que había empezado a escribir antes, aunque fue publicada después. En 1862 firmó su primer contrato con Hetzel, que sería su editor y en cierto modo su padre espiritual. Verne acababa de empezar a ser famoso, con sus *Cinco semanas en globo*. Había despegado la serie inmortal de los *Viajes extraordinarios*.

Por esas fechas, Verne estudiaba precisamente a Poe, y reunía en su fábrica de fantasías dos obsesiones: la del Polo y la de los volcanes. Hatteras parece extraído del *Gordon Pym*. En 1897, volverá este tema recurrente, con *La esfinge de los hielos*, que continúa la estremecedora novela de Poe, y en la que nos relata, además, un antiguo viaje de Nemo al Polo. Hatteras, loco al final, quiere sumergirse en el Polo de su obsesión, tirarse boca abajo al mítico volcán que Verne sitúa en este confín de la tierra. Al final

de estas aventuras, el mismo capitán profetiza con claridad la siguiente novela: «[...] si hay una abertura para ir al centro de la Tierra, iremos juntos...». No fue Hatteras. En su lugar, realizaron dicha excursión los citados Lidenbrock y su sobrino Axel.

Es el *Viaje al centro de la Tierra* la única novela de su autor donde se trata real, objetivamente, de una forma rigurosa y exacta, el viaje al interior. Pero descensos a profundidades hay otros, como veremos luego.

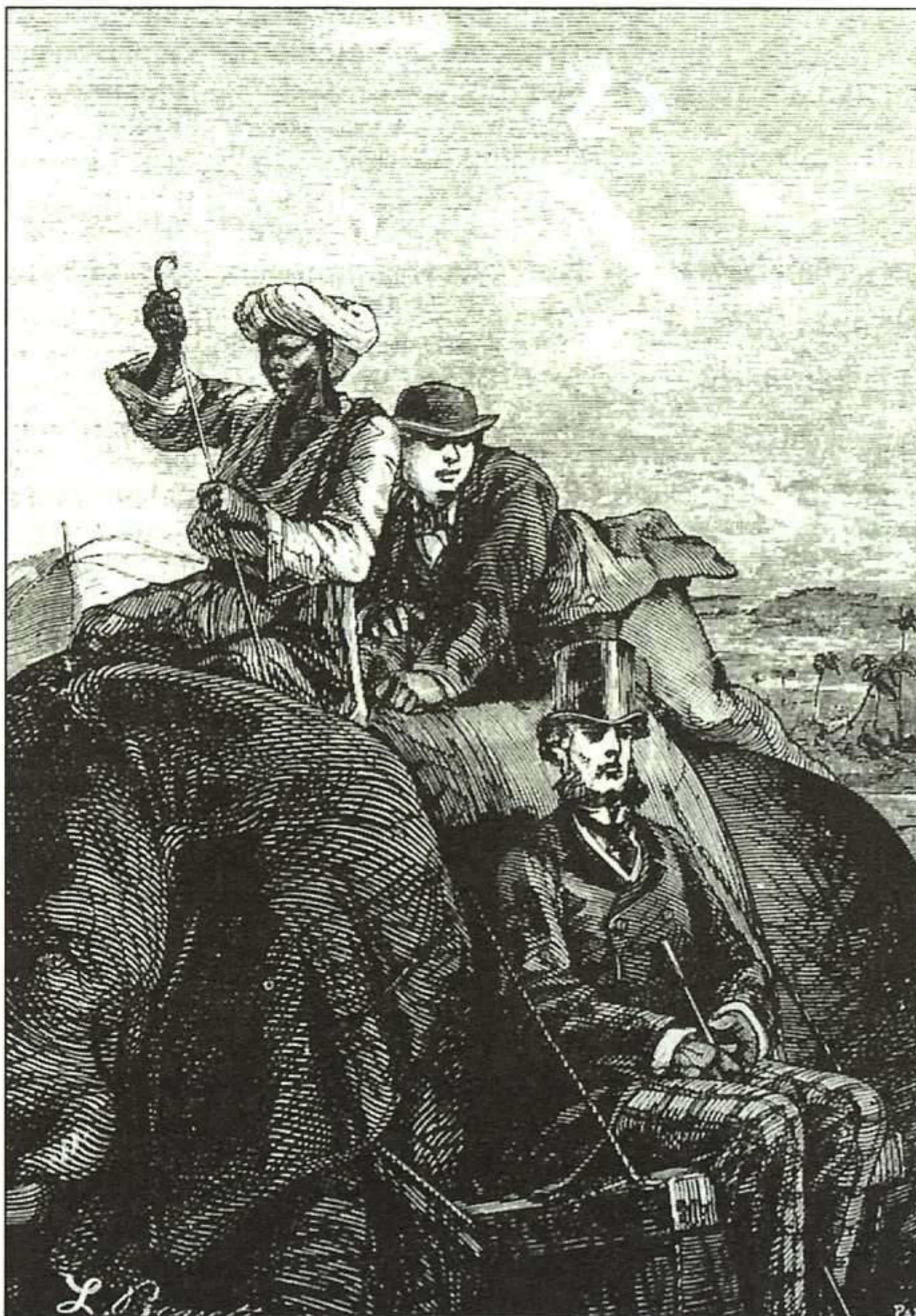
El profesor inicia al joven neófito para que se acostumbre al descenso. Son importantes esas lecciones para un viaje tan difícil y peculiar. Seguramente hemos tomado el concepto de

lecciones del texto ya citado de Salabert, o de alguno de sus inteligentes prólogos. Desde aquí, le dedicamos ya un homenaje general, y le pedimos disculpas porque hasta el final usaremos, conscientemente o no, sus opiniones y sus buceos personales en el abismo llamado Verne.

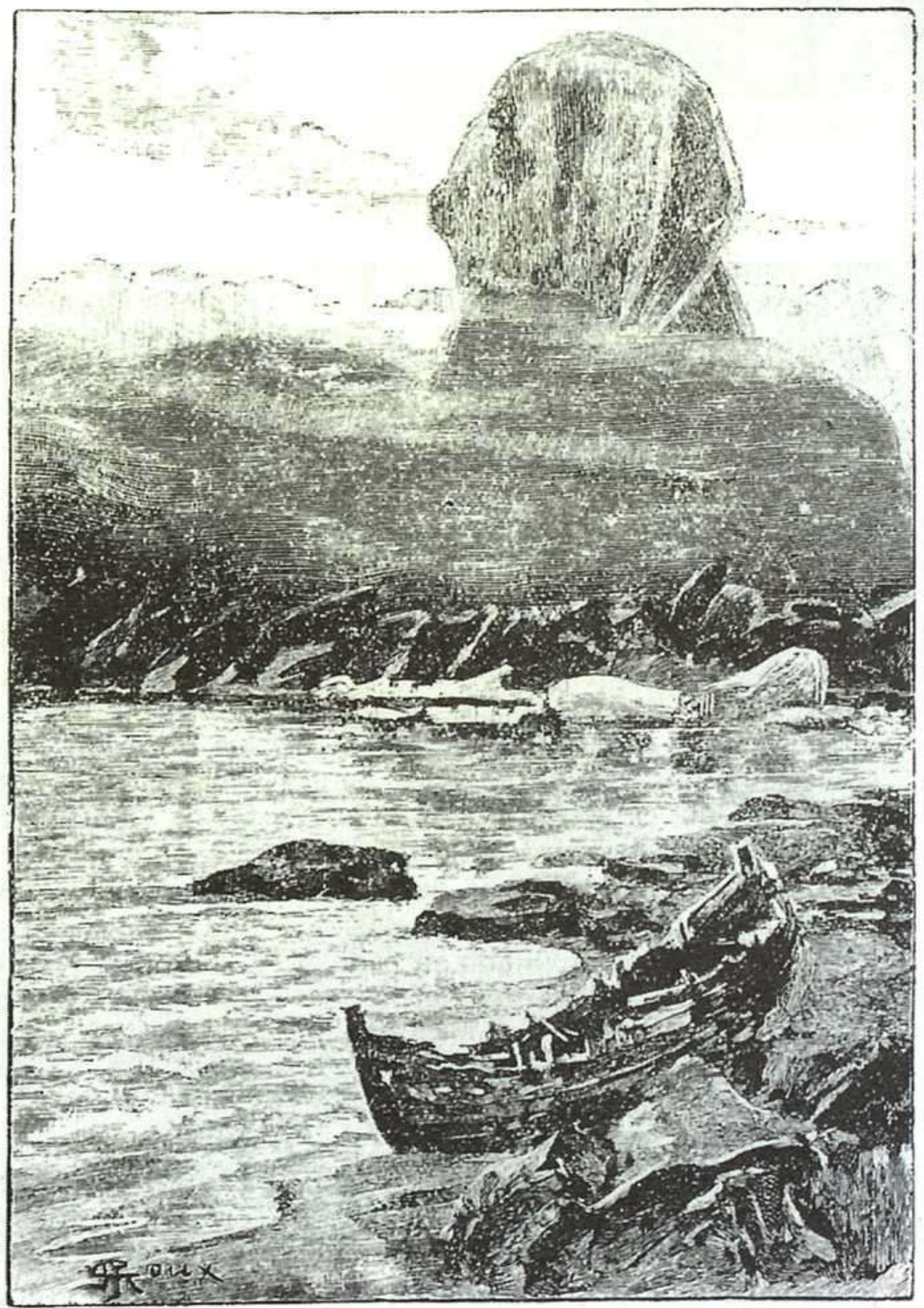
En este viaje a las entrañas de nuestro planeta hay escalofrío y fascinación. La fascinación que, precisamente, produce ese escalofrío. ¿No sentimos todos cierta atracción morbosa por nuestras propias pesadillas? Tal gusto por lo terrible daría mucho juego a interpretaciones psicológicas y simbólicas. La obra de Verne está llena de caras, pero no es éste el lugar

para extenderse en el estudio de sus facetas. Aunque sí para destacar alguna: por lo pronto, según se avanza en el espacio interior (o se retrocede, depende de cómo consideremos el viaje hacia abajo), vamos atrás en el tiempo. El mundo que se encuentran los visitantes del volcán es el de la Prehistoria.

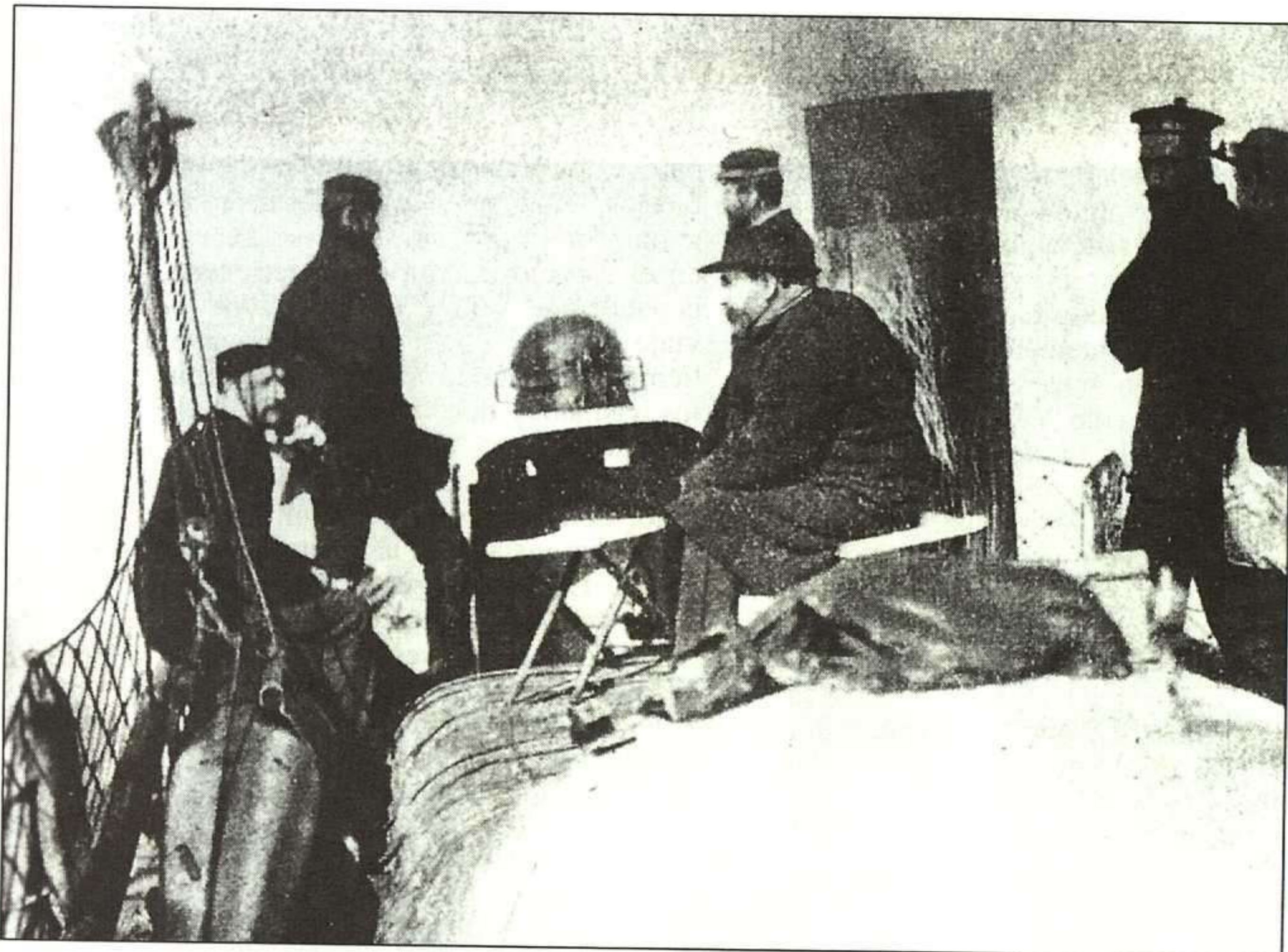
Verne había, pues, viajado ya al Polo, donde encontró un volcán para echar un vistazo a las fauces de la Tierra. Luego, no se contentaría con asomarse, sino que descendería ya al mismo centro de nuestro planeta. Y se hace enseguida famoso por volar a la Luna. Tanto que, mucho después de su muerte, recibiría una distinción



L. BENETT, LA VUELTA AL MUNDO EN 80 DÍAS, MADRID: ANAYA, 1992.



GEORGE ROUX, LA ESFINGE DE LOS HIELOS, MADRID: ANAYA, 1992.



Verne y su editor, Hetzel, a bordo de un torpedero.

muy particular. Esta vez no se trata de profundidades, pero sí del *otro lado*, detrás si no debajo, que no deja de ser algo parecido: en 1959 se descubrió la cara oculta de la Luna, y los rusos darían el nombre de *Jules Verne* a una de las montañas de ese hemisferio.

A las profundidades de uno mismo

Viajar a las raíces, preguntarse por uno mismo, indagar en tu pasado para comprenderte, es una inmersión a zonas muchas veces bastante subterráneas. Viajaríamos por esos delicados lugares si hablásemos de las relaciones que Verne mantuvo con su padre, o de las que luego hubo de sufrir con su hijo. Pero ya hemos dicho bastantes veces que semejantes cuestiones no nos caben en un artículo como éste. Aunque nos refiramos a ellas constantemente.

En cambio, sí podemos detenernos un poco en una de sus novelas más justamente famosas, relacionada, además, con otras de sus mejores obras:

nos estamos refiriendo a *Los hijos del capitán Grant*. Empezó a trabajar en ella durante 1864, y la publica en el 67, después de haber comenzado ya *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Aquella acabará relacionándose con ésta, gracias a otra, en una de las confluencias literarias más interesantes de la historia de la novela. Ya lo detallaremos cuando nos toque desembarcar en *La isla misteriosa*.

Verne estaba ya pensando en el *Nautilus* cuando redacta la odisea de los hijos del capitán Grant. Sin decirse aún a la inmersión descarada en las profundidades del océano, opta por adentrarse en las raíces de sus personajes. La búsqueda del padre es, sin duda, un viaje en pos de uno mismo.

Pero las siguientes profundidades iban a ser más explícitas y constituirían una de sus más hermosas invenciones.

El capitán Nemo

Al final del *Viaje al centro de la Tierra*, una erupción volcánica vomitaba a los personajes desde los abis-

mos. El grandioso personaje que se manifiesta en *Veinte mil leguas de viaje submarino* volverá a aparecer andando el tiempo en esa novela apasionante que es *La isla misteriosa*, y también la violenta digestión de otro volcán le obligará a darse a conocer. Estamos relacionando ya las dos novelas que son recorridas por la presencia imponente del capitán Nemo, seguramente el personaje más brillante de los muchos que creó Verne. Aprovechamos para detallar, aunque no tenga relación directa con nuestras profundidades temáticas, que en la lista de las criaturas vernianas, a pesar de que a algunos les pareciesen muñecos, hay tipos tan excelentes e inolvidables como Phileas Fogg, Picaporte, Mathias Sandorf, el doctor Ox, Miguel Strogoff, y un largo etcétera. A veces, lo interesante de un personaje literario no es tanto su credibilidad realista, como su perdurabilidad en la memoria de los lectores, y su incorporación a la Historia con tanta presencia como, digamos, el mismísimo Napoleón Bonaparte. Eso les pasó a las criaturas de Dickens, por ejemplo. De entre todos los principales que salieron de la pluma de J.V., el capitán Nemo es, sin duda, uno de los mejores.

En otro artículo publicado —en *CLIJ*, 75—, sobre adaptaciones cinematográficas, hablábamos de este héroe de la soledad, resentido con ciertas actitudes humanas, pero nunca belicoso ni perverso. Nemo es un campeón contra la injusticia, que ayuda anónimamente a las buenas causas. Su odisea es la de la libertad, sus caminos los del destino, y morirá por haber creído que podía vivir solo. No hay tiempo para deleitarse eligiendo ejemplos e imágenes de esta novela hermosísima, donde las sabias descripciones del narrador convierten la erudición en la difícil belleza de la poesía.

Pero, subrayado una vez más que aquí otra vez Verne ha abandonado la superficie terrestre para *abismarse*, que es algo que le gusta muchísimo, celebremos que no fuese capaz de abandonar del todo a este personaje. Así decidió convertirle en genio protector de una isla, en la que iban a



Une visite au Musée des Familles. Composition de Bertall.

Caricatura de la visita que Jules Verne (el personaje que sostiene un globo en la mano) hizo a la redacción de la revista Musée des Familles.

fragos del Jonathan, El eterno Adán, Segunda Patria. Y La isla misteriosa, por supuesto.

En esta novela, la aventura comienza con otras lecciones de abismo, que la relacionan directamente con el tema de nuestro artículo: los futuros colonos de la isla de Lincoln son viajeros del aire, a bordo de un globo. Y comienzan su peripecia mirando hacia abajo, empapándose de abismo, al cual serán precipitados para comenzar su larga y activa permanencia en esta novela excepcional. La profundidad es, en este caso, mirada desde el aire, la propia superficie de la Tierra. ¿Tendría vértigo Verne, al menos en sus sueños? Smith, Harbert, Spillet y Nab, los naufragos del aire, sí debieron tenerlo, cuando ya en el primer capítulo del libro, son *succionados* —la palabra es textual, por lo menos de la traducción de Salabert— hacia unas profundidades que todavía no conocen.

encontrarse también los restos de otra de sus novelas.

Confluencias literarias

El misterio de la isla llamada *misteriosa* es nada menos que otra vez el capitán Nemo, aquel misántropo que había invitado a un crucero al profesor Aronnax y a sus dos compañeros de naufragio.

Con los volcanes y los lugares ignotos (el Polo, sobre todo, como ya hemos señalado), otra obsesión de Verne fueron las islas. Y con ella, lógicamente, las novelas *robinsonianas*. Entre ellas, cabría señalar que, en la historia de la literatura, hubo —además del texto principal, la novela de De Foe—, muchas aproximaciones a ese asunto de los supervivientes, más o menos solitarios, en la isla desierta: la de Ballantyne, la de Wyss, la de Golding... Pero, ciñéndonos solamente a Jules Verne, la reincidencia en su obra de este paisaje, de la misma situación, o la misma filosofía, es muy notable. Véanse *Dos años de vacaciones, Escuela de Robinsones, Los náu-*



De izquierda a derecha: Annie Verne, Honorine (la mujer de Jules) y Marie Verne.



Jules Verne convertido, gracias al lápiz de Riou, en el profesor Aronnax de Veinte mil leguas de viaje submarino.

Las coincidencias que confluyen en *La isla...* son de distintas clases, y hacen de esta novela un punto de reunión de obsesiones vernianas: un lugar desconocido, que ni siquiera aparece en los mapas. La isla, cifra de la soledad y modelo a pequeña escala del mundo donde debe aprenderse a sobrevivir. Y el volcán, imagen de la boca de los abismos, que acabará con la historia, con la isla, con la aventura... Y con el capitán Nemo.

Las otras confluencias son más que argumentales, diríase que los personajes vernianos tienen la suficiente vida propia como para pasear entre unas novelas y otras: en la isla que los naufragos han llamado *Lincoln* se reúnen al final tres novelas distintas del autor. Nemo, refugiado en las entrañas de la isla, espera a manifestarse cuando el libro esté a punto de acabar. Pero su presencia anónima ha ido dando señales decisivas de su escondida presencia. Es el volcán el que

todo lo desencadena. Las tripas de la Tierra, el fuego interno de la isla, los abismos. Y en el último minuto, llegan ecos salvadores de *Los hijos del capitán Grant*. El autor ha hecho una fiesta para reunir a algunos de sus más queridos personajes desde varias procedencias. De las profundidades de su obra salen a la superficie distintas criaturas, que vienen de otros libros, para que los héroes de éste lleguen a buen fin. Nunca como en esta novela; otras de un mismo autor han intervenido directamente haciendo el papel de providencia. Se trata de un curioso ejemplo de comunicación literaria entre puntos distintos de la obra de un novelista. Viaje entre libros, podríamos llamarlo.

La isla misteriosa desaparece a la voz de mando del volcán. Pocas ideas tan *abismales* como esta destrucción final: la isla, todas sus estructuras de



Cubierta ilustrada de una canción con letra de Verne y música de su amigo Hignard.

supervivencia, que los colonos habían ido construyendo pacientemente, incluso el barco recién fabricado. El capitán Nemo, diosillo tutelar de las profundidades, acabará sepultado con su mundo, ambos tragados por la naturaleza. La metáfora resume casi todas las pesadillas que llevaron tantas veces a J.V. al fondo de las tierras, los mares y las cosas. Pero el novelista no dejó de realizar otros descensos. Nos referiremos a algunos más.

Otros descensos

Muerto ya el padre de Verne, nuestro escritor se siente liberado de su dependencia, pero no de su fijación. Sin la referencia opresora, quizá se siente perdido. Menos mal que le que-

da Hetzel, otro padre de muy distinta índole, a quien volverse cuando necesita un Nemo protector. En los años siguientes, alternará las obras más aparentemente divertidas con las de más negro calado hacia sus íntimos interiores. *El Chancellor*, por ejemplo, publicada en 1875. Otra vez el fantasma de Poe, y con él, claro, los abismos, aunque no sean geográficos esta vez. Sus inmersiones son cada vez más simbólicas.

En 1877, el novelista vuelve a bajar a las profundidades. Y aquí es todo bien evidente, tanto como lo fuera en aquel viaje al mismísimo centro de la Tierra. Es el año de la enfermedad de Honorine, su esposa. El año de *Las Indias negras*. El escenario, una mina. El trasfondo, una herida de amor.

La novia perdida

La vida conyugal de Verne y Honorine distó mucho de ser fácil y dichosa. En el año a que nos referimos, Jules se gasta una fortuna en un gran baile de máscaras, con la intención fundamental de satisfacer las ansias sociales de la esposa que nunca le comprendió. Honorine no podrá asistir al baile, estaba enferma. Pero sí asistieron al baile personal de Verne sus principales obsesiones.

Una de las novelas que J.V. escribe por aquel entonces es la citada *Las Indias negras*, libro muy poco conocido, y de argumento apasionante, mucho más si lo relacionamos con la secreta vida sentimental de su autor.

Verne, como todo el mundo, estuvo enamorado en su juventud de una joven que se casó con otro. Esta herida, más el largo conflicto con su padre, pueden leerse a través del argumento de *Las Indias...*

La colmena tenebrosa

La mina *Aberfoyle* quizás esconde entre sus letras el nombre *abeja* en francés, y así, la metáfora de la colmena de trabajadores resulta aún más evidente. Nell, la protagonista que comparte nombre y dulzura con la de

Almacén de antigüedades de Dickens, representa, sin duda, a Caroline, la amada imposible de Verne, con la que por fin se casa aquí a través del personaje de Harry. En *Silfax*, el abuelo de Nell y dueño de la mina, J.V. diseña un padre fantástico, que cumple en la novela el papel de estorbador máximo de la felicidad. Y luego, las grutas, la vida subterránea, la boda debajo de la tierra, las máquinas destructoras bajo el suelo... Todo un decorado de pesadilla, mineros como hormigas, hormigas como abejas, personajes que son fantasmas de personas, de las que sofocaron la adolescencia del autor. Un ajuste de cuentas con el pasado. Es, seguramente, el descenso de Verne a las profundidades más personales de toda su obra. Vale la pena que *Las Indias negras* vea una versión castellana, para los admiradores de J.V. que no la conocen.

Todavía una ciudad subterránea más, por lo menos, entre las que podemos citar antes de despedir este recorrido: *Frente a la bandera*, novela publicada en 1896, poco antes de la trágica muerte de su hermano Paul. Se trata de una novela demoníaca, con

una clara desconfianza del peligro que pueden suponer algunos avances de la ciencia en manos de la ambición. Un sabio loco, huido del manicomio, amenaza al mundo desde una ciudad —bajo el suelo— llamada Back Up. Su invento se parece mucho a la bomba atómica.

Al comienzo de este artículo habíamos de la desdichada actualidad de Jules Verne: ya no hace falta que los sabios estén locos, ni que se escondan en Back Up. La Polinesia, donde quizás un día se alzaba la isla de Lincoln, se envenena y agrieta ante los ojos del mundo entero a causa de juegucitos de poder que podían firmar Thomas Roch y Karrage, el demente y su manipulador en *Frente a la bandera*.

Hasta aquí nuestra última cita sobre la vocación de Verne por las profundidades. Podría haber más. Pero todo artículo tiene su límite. Quizás otro día, con otro motivo, en otro lugar o a lo mejor en éste, podamos seguir la inmersión y el descenso. Todavía hay materia, seguro. ■

* Juan Tébar es escritor.



Foto de grupo de los miembros del Consejo Municipal de Amiens. Verne es el segundo a la derecha de la primera fila.